

Atravesando Castilla.

Anastasio Rojo Vega.

La palabra turismo procede de la costumbre que las familias bien de Inglaterra, sobre todo, adquirieron en los siglos XVIII y XIX de enviar a sus hijos varones, sobre todo, a aprender mundanidad, arte y cultura en un periplo llamado Grand Tour - acompañados de sabios preceptores -, allí donde se suponía que más se concentraban dichas prendas: en Italia, en Francia y en Grecia.

España quedaba para los raros, para los degustadores de exotismos y para los masoquistas que soñaban ser acuchillados por Carmen y asaltados por los bandoleros de Sierra Morena. Eran los que iban al Sacromonte a buscar otro planeta y los que atravesaban la península de punta a punta en voladoras diligencias conducidas por energúmenos vociferantes que no empleaban para ello látigo ni riendas. Los extranjeros se maravillaban, nosotros podemos imaginármolos, porque conservamos expresiones como 'jurar como un carromatero' y la idea de lo que es ser un 'ordinario'.

Uno de tales viajeros publicó sus impresiones en París, en 1861. Había visto ya el Sur y Castilla La Mancha y tenía interés, vaya usted a saber por qué, de llegar a Santander. Estaba en Madrid, "Comenzó a despuntar la aurora, extendiendo su vaga claridad sobre las cimas escarpadas y cubiertas de manchas de nieve de la Sierra de Guadarrama, cuando me llamaron a tomar asiento en la diligencia que debía conducirme a Valladolid. Habíame tocado en número 3 (único que estaba disponible) en el compartimiento que tiene el nombre aristocrático de berlina. Los asientos de los rincones... tenían por poseedores actuales dos personas de distinto sexo... La femenina se hallaba en la diligencia cuando entré, y me contestó con la gracia circunspecta que distingue a las castellanas".

El transporte paraba pocas veces, las mínimas necesarias para comer algo y evacuar necesidades. Era mejor así, sobre todo para los extranjeros, "Las poblaciones que atraviesa la vía están en completa armonía con las llanuras. En todas ellas se ven las casas viejas de aspecto miserable y aflitivo; las calles sin pavimento alguno, o atrozmente empedradas, llenas de fango y mugre; los enjambres de mendigos asaltando a los viajeros si la diligencia se detiene un momento siquiera. Vestidos que acongojan, capas patibularias, figuras extrañas y repelentes por su conjunto; y todo eso ¡cosa singular! contrastando con el tipo de una raza distinguida, inteligente, honrada y de índole dulce, en cuyo seno abundan las bellas fisionomías y las organizaciones robustas".

La diligencia crujiendo, y en sus ventanilla una foto fija: "Durante casi todo el día el viento y la lluvia batían la desolada llanura; y sin embargo, donde quiera que alcancé a ver un rebaño me llamaron la atención dos seres en infalible asociación en el centro de cada uno: el pastor y el perro guardián. Cada perro dormía cerca de su dueño con la misma filosofía de este, que se destacaba inmóvil, sin hacer caso de la lluvia y el viento. Un pañuelo apenas le cubría la cabeza, mientras que todo el cuerpo se escondía bajo el embozo de una capa vieja de paño burdo amarillento..."

Era paño pardillo, por eso a los de los pueblos les llamaba pardillos.